

## INTRODUCCIÓN

En octubre de 1991 me hice cargo (decir que sustituí sería por mi parte más que pretencioso) de las clases de Historia Contemporánea de España que hasta entonces impartía en la división de Periodismo del CEU San Pablo don Vicente Palacio Atard. Uno de los retos que entonces se me planteaba era cómo conseguir despertar el interés de los alumnos por una asignatura sin duda apasionante, pero que corría el riesgo de ser considerada secundaria al no inscribirse dentro de las materias más específicamente distintivas de la carrera. Poner al alumno en contacto con las repercusiones que «la gran historia» podía haber tenido sobre «la pequeña historia» familiar, me pareció un camino adecuado para despertar su atención.

Fueron varias las iniciativas desarrolladas en este aspecto, pero sin duda la que obtuvo un mayor éxito fue la de distribuir entre los alumnos un amplio modelo de encuesta, en cuyo concepto y elaboración recibí la inapreciable ayuda de José Andrés Gallego, para que preguntasen a aquellos de sus familiares que la habían vivido su experiencia de la guerra civil. El enfoque del cuestionario (reproducido en el apéndice final) no estaba dirigido a conseguir datos de historia política o militar, sino a recoger los aspectos de la vida más cotidiana, si es que esta palabra puede usarse al referirnos a tiempos de guerra. Puesto que era plenamente consciente de la importancia que la masa de información recogida podía tener para el conocimiento de algunos de los aspectos más olvidados de nuestra contienda, advertí a los alumnos que la información recopilada estaba llamada a formar un fondo documental que en el futuro podría ser utilizado por los investigadores. Por tanto, el trabajo no sólo tuvo un carácter voluntario, sino que también se hizo hincapié en que aquellos de los encuestados que lo desearan permanecieran en el anonimato, sin revelar sus nombres e, incluso, sus lugares de nacimiento o residencia.

Corrían por aquel entonces mis líneas de investigación muy lejos de la guerra civil española y, ciertamente, nunca creí que fuera a ser yo la primera persona que utilizase el importante cúmulo documental así reunido. Pero los tiempos cambian, y alentado en buena medida

por Álvaro de Diego, uno de mis más brillantes doctorandos, decidí emprender con su colaboración esta singladura, que no pretende tener otro mérito que el dar una idea, lo más fiel posible, de la forma en que buena parte de los españoles vivieron la contienda.<sup>1</sup>

En total, y a lo largo de los cursos académicos 1990-1991, 1991-1992, 1992-1993, 1996-1997 y 1997-1998 los entrevistados han sido 943.<sup>2</sup> En su gran mayoría se trata de hombres y mujeres «normales», que no tuvieron ningún protagonismo excesivo durante la contienda, sino que se limitaron a desempeñar el papel que les vino asignado, fuera el de ama de casa, niño, combatiente, etc. Sus respuestas son valiosas no por descubrirnos grandes hechos, sino por ponernos en contacto con las formas de pensamiento, de vida (y de muerte) de la España de la época. La muestra, a nuestro parecer, tiene una gran ventaja sobre las utilizadas en algunos otros trabajos realizados sobre fuentes orales, y es su carácter aleatorio. No se ha buscado a individuos de una u otra ideología, de una u otra posición social, sino que su universo ha venido dado por el parentesco con los alumnos del CEU. Ciertamente es que estamos hablando de una universidad católica y de elite, lo que tiene sus efectos sobre los orígenes sociales e ideológicos de los estudiantes, pero no lo es menos que de esta forma se excluye cualquier posible selección de las personas entrevistadas por parte de los autores de esta monografía. Y esto es importante, pues en ocasiones, al leer algunos libros sobre fuentes orales realizados en los últimos años, se tiene la sensación de que se ha hablado con personas previamente elegidas para que dijeran lo que se quería oír. En este aspecto creo poder garantizar que nadie, sea cual sea su ideología, se sentirá a gusto con el contenido de las siguientes páginas, pues en la guerra civil española, ni el sufrimiento ni la barbarie fueron patrimonio exclusivo de ningún bando.

Además, si hay algo que dejan claro las encuestas, es la enorme evolución que se ha producido en la sociedad española a lo largo de las últimas décadas. Contra lo que en principio cabría esperar, los abuelos e incluso padres de un número significativo de los alumnos de una universidad de las características ya descritas pertenecían en la época de la guerra civil a sectores sociales enormemente humildes y, en bastantes ocasiones, se situaban en posturas ideológicas claramente frentepopulistas. Pero dejemos que sean los propios datos reco-

1. Aunque los autores de este libro han trabajado en la más estrecha colaboración, la redacción de la Introducción, el apartado del capítulo II correspondiente a la quinta columna, los capítulos IV, IX, X, XI y XII ha corrido a cargo de Alfonso Bullón de Mendoza, mientras que los capítulos I, II, III, V, VI, VII, y VIII son obra de Álvaro de Diego.

2. Como es lógico, sólo se ha contabilizado una vez a aquellas personas (muy escasas) que habían sido entrevistadas en dos ocasiones.

gidos al principio de las encuestas quienes nos hablen de los aspectos cronológicos, sociales e ideológicos de los entrevistados.

El abanico de edad es bastante amplio, pues como puede verse en las siguientes cifras, nos encontramos con personas «demasiado viejas» en 1936 para ir a la guerra, y con otras que nacieron durante la misma o, incluso, inmediatamente después, pero que no han querido dejar de transmitir el testimonio que a ellos les dieron sus padres:

|           |     |
|-----------|-----|
| 1885-1889 | 3   |
| 1890-1894 | 0   |
| 1895-1899 | 5   |
| 1900-1904 | 17  |
| 1905-1909 | 102 |
| 1910-1914 | 152 |
| 1915-1919 | 219 |
| 1920-1924 | 155 |
| 1925-1929 | 97  |
| 1930-1934 | 77  |
| 1935-1939 | 37  |
| 1940-     | 27  |
| Sin fecha | 52  |

Desde el punto de vista geográfico habría que diferenciar entre el lugar de nacimiento y el sitio donde se pasó la guerra, siendo este último criterio el que consideramos más relevante para la cuestión que nos ocupa. En aquellos casos en que se produjeron desplazamientos (algo muy frecuente entre los soldados) hemos optado por recoger la región donde se encontraban al principio del conflicto. En la muestra predominan quienes permanecieron en Madrid, pero están debidamente representadas casi todas las regiones de la geografía nacional:

|                    |     |
|--------------------|-----|
| Andalucía          | 91  |
| Aragón             | 29  |
| Asturias           | 26  |
| Baleares           | 5   |
| Canarias           | 20  |
| Cantabria          | 11  |
| Castilla-La Mancha | 112 |
| Castilla-León      | 138 |
| Cataluña           | 21  |
| Extremadura        | 29  |
| Galicia            | 57  |
| Madrid             | 264 |

|                      |    |
|----------------------|----|
| Murcia               | 15 |
| Navarra              | 2  |
| La Rioja             | 6  |
| Valencia             | 25 |
| Vascongadas          | 24 |
| Posesiones africanas | 8  |
| Extranjero           | 3  |
| Sin datos            | 57 |

Al principio de la guerra eran 311 los entrevistados que vivían en el territorio controlado por los nacionales, mientras que 582 lo hacían en zona republicana. Al final de la misma las cifras habían cambiado, ascendiendo a 502 los residentes en zona nacional, bien porque se hubieran fugado de la republicana, bien porque sus lugares de residencia habían sido ocupados por las tropas de Franco.

Por lo que a su ideología se refiere, la distribución es como sigue:

|              |              |
|--------------|--------------|
| Nacionales   | 518 (54,9 %) |
| Republicanos | 120 (12,7 %) |
| Apolíticos   | 150 (15,9 %) |
| Sin datos    | 155 (16,4 %) |

Aunque a primera vista pueda parecer muy alto el número de los entrevistados de cuyas respuestas no se pueden derivar datos sobre su ideología política, no debe olvidarse que los nacidos de 1930 en adelante ascienden a 141, de los que 105 no han sido encuadrados en ninguna categoría ideológica. Podría plantearse porque no hemos excluido a todos los nacidos a partir de esta fecha, pero no debe olvidarse que hay niños que vivieron intensamente el conflicto, fuera por la persecución que sufrieron sus padres, o por militar en alguna de las asociaciones infantiles que se organizaron en retaguardia (flechas, pelayos, etc.). Otro dato digno de destacar es que la vinculación política se suele hacer con un bando, y no con fuerzas políticas concretas. Así, de los 518 favorables al bando nacional, sólo 67 se adscriben a una fuerza política determinada (53 falangistas, 8 carlistas, 4 monárquicos alfonsinos y 2 cedistas). Entre los republicanos, la proporción es muy similar (el 13,33 % contra el 12,93 % anterior), pues de un total de 120 individuos, sólo se definen 16 (7 socialistas, 5 anarquistas, 3 nacionalistas vascos y 1 republicano de izquierdas).

Considerando únicamente a los nacidos de 1921 en adelante, y prescindiendo también de aquellos cuya fecha de nacimiento ignoramos, pero se autodefinen como niños en la época del conflicto, nos

queda un total de 591 personas, cuyas preferencias políticas tienen diferencias significativas según el sexo:

|         | <i>Nacionales</i> | <i>Republicanos</i> | <i>Apolíticos</i> | <i>Sin datos</i> |
|---------|-------------------|---------------------|-------------------|------------------|
| Mujeres | 236 (68,6 %)      | 36 (10,4 %)         | 62 (18 %)         | 10 (2,9 %)       |
| Hombres | 144 (58,2 %)      | 51 (20,6 %)         | 38 (15,3 %)       | 14 (5,6 %)       |

Pese a que hemos considerado niños a los nacidos después de 1920, no debe olvidarse que cinco de ellos tomaron parte activa en el conflicto, cuatro en las filas nacionales y uno en las republicanas. A ellos hay que unir otros 191 combatientes, entre los que no se encuentra ninguna mujer, pese a que algunas estuvieron en hospitales de campaña o implicadas en labores de propaganda y apoyo al soldado. En total, 108 de los entrevistados lucharon en las filas gubernamentales, y otros 87 hicieron lo propio en las contrarias.

Pertenecer a un determinado ejército no tiene por qué significar compartir sus ideales y así, de los combatientes republicanos, 42 se presentan como partidarios del bando nacional, 25 como apolíticos, y tan sólo 41 como fervorosos defensores de la república. La identificación es mucho más alta en el caso de los nacionales, donde 76 se comprometían con la causa que defendían, 7 eran apolíticos, y tan sólo 4 favorables a la situación política vigente el 17 de julio de 1936. Dados los factores que ya comentamos sobre la composición de la muestra, el dato no puede extrapolarse para obtener un perfil de la ideología de los soldados que combatían en los respectivos ejércitos, pero sí es muy significativo de algo que los historiadores tal vez olvidamos con demasiada facilidad: en una guerra civil, el factor primordial a la hora de explicar la integración en uno u otro ejército no es la ideología del soldado, sino su lugar de residencia.

Si ponemos en relación los datos relativos a la procedencia social de los encuestados y su ideología política, los resultados obtenidos son harto elocuentes. Cuanto más alta es la extracción social, mayor es la alineación con el bando nacional, hasta el punto que en la clase alta llega a ser del 88 %. En el bando republicano ocurre exactamente lo contrario. Pero también es de destacar un tercer aspecto: el incremento que se produce de quienes no se identifican con uno u otro bando según descendemos en la escala social. Uniendo los apolíticos con aquellas personas de las que hemos considerado no teníamos datos suficientes para colocarlas en ninguna categoría ideológica (lo que en cierto modo lleva a pensar en su apoliticismo, por más que no haya

sido abiertamente expresado) nos encontramos con que representan tan sólo un 2 % de la clase alta, mientras que en la baja alcanzan el 41,35 %. Dicho de otra forma, las convulsiones políticas parecen tener mucha más influencia entre las personas de una cierta posición, que entre aquellas cuya lucha diaria se centra en la subsistencia.

| <i>Clase</i> | <i>Total</i> | <i>Nacionales</i> | <i>Republicanos</i> | <i>Apolíticos</i> | <i>Sin datos</i> |
|--------------|--------------|-------------------|---------------------|-------------------|------------------|
| Alta         | 50           | 44 (88 %)         | 2 (4 %)             | 1 (2 %)           | -                |
| Media alta   | 198          | 148 (74,7 %)      | 12 (6 %)            | 15 (7,5 %)        | 23 (11,6 %)      |
| Media media  | 228          | 157 (68,8 %)      | 14 (6,1 %)          | 30 (13,1 %)       | 27 (11,8 %)      |
| Media baja   | 270          | 117 (43,3 %)      | 51 (18,8 %)         | 60 (22,2 %)       | 42 (15,5 %)      |
| Baja         | 133          | 40 (30 %)         | 38 (28,5 %)         | 36 (27 %)         | 19 (14,2 %)      |

Por último, antes de empezar a analizar el contenido de las encuestas, no estará de más recordar que se trata de una recolección de testimonios orales, con todo lo que ello implica. La fuente oral no tiene por qué ser imparcial, ni tampoco objetiva. Los entrevistados no cuentan la guerra (suponiendo que pudiera hacerse) «tal como fue», sino «como ellos la vivieron». No se les pidió que comentaran los sucesos que habían vivido con la tranquilidad y la parsimonia que da el paso del tiempo, sino todo lo contrario, se hizo especial hincapié en que trataran de recordar los ambientes y las emociones de la época. Y, desde luego, no se ha ejercido ningún tipo de censura sobre sus afirmaciones. En todo caso, en aquellas ocasiones en que nos constaba que una fecha o un nombre estaban equivocados hemos hecho la oportuna corrección a pie de página.

### La guerra familiar sesenta años después

La primera pregunta del cuestionario, dirigida a los propios alumnos que habían de realizar la encuesta entre sus familiares, tenía por objeto conocer la presencia que la guerra civil sigue teniendo hoy en los hogares españoles. En la mayor parte de los casos la presencia es escasa, y el tema sólo aparece cuando las nuevas generaciones hacen preguntas sobre el conflicto o cuando hay reuniones familiares y se recuerdan anécdotas. Se observa, sin embargo, que la guerra sale a relucir con frecuencia cuando quienes la vivieron observan a sus hijos o nietos rechazar la comida o quejarse de algún plato. Expresiones como «si hubierais vivido la guerra sabríais lo que es pasar hambre»,

«si tuvieras que comer cáscaras de naranja, como ha comido tu abuelo», y comparaciones entre la precariedad de entonces y la abundancia del tiempo actual, siguen estando al orden del día.

Cuando en algún lugar del mundo estalla un conflicto afloran de nuevo los recuerdos de la guerra, venga el pretexto dado por las contiendas del Golfo y Etiopía, o los incidentes en la antigua Yugoslavia. En gran número de hogares el tema sale a relucir como consecuencia de los artículos que se publican en la prensa o los comentarios que se hacen en la televisión: «generalmente somos nosotros, los más jóvenes de la familia, los que alargamos la conversación con nuestras preguntas y nos sorprende bastante que las contestaciones no reflejan una realidad muy parecida a la que en los últimos años se empeñan en demostrar series de televisión, películas y algún que otro político». En este sentido es especialmente significativa la amplia respuesta dada por uno de los alumnos al hablar de este punto, y que transcribimos íntegra por servir de resumen a unas ideas que, expresadas de diversas formas, aparecen en numerosas encuestas:

de unos años a esta parte he advertido entre las personas más cercanas a mí que vivieron la guerra (mi abuela y los hermanos de mis abuelos) un sentimiento de desencanto y a la vez una gran indignación debido al continuo desprestigio al que actualmente se somete a aquellos que, como mis abuelos, combatieron en el bando nacional; y al encumbramiento de los que lo hicieron en el lado republicano. Hoy no existe ecuanimidad cuando se trata la Guerra Civil, algo incomprensible y paradójico por cuanto que los que constantemente nos vienen diciendo a las nuevas generaciones que cerremos las viejas heridas abiertas entre los españoles, a la vez se empeñan con ahínco en abrirlas de nuevo al tratar con sectarismo este tema.

Ese sentimiento de injusticia que expresan mis mayores es comprensible: la gran mayoría de los libros, artículos, declaraciones, películas (*Libertarias, Tierra y libertad...*), etc., que aparecen hoy tratando la guerra del 36 reflejan una vertiente positiva representada por la España roja, mientras que la vertiente negativa casi siempre esta representada por la España nacional. Esta diferencia de trato de un bando a otro podría ser totalmente legítima y no se tendría que poner ninguna objeción al respecto si nos atuviéramos a la libertad de expresión reconocida en la Constitución, que permite a cualquiera expresar la opinión que crea más conveniente. Sin embargo, se corre un serio peligro, ya que se ofrece una imagen distorsionada y no real de lo que ocurrió en España hace sesenta años que puede calar entre los más jóvenes, al no tener éstos prácticamente ninguna versión distinta de esa con la que hoy les bombardean.

Respecto a las situaciones en las que suele aparecer la conversación de la guerra en mi familia, tengo que decir que casi siempre son las mismas. Principalmente cuando en los medios de comunicación aparecen

personajes como Santiago Carrillo u otros, que se presentan como históricos defensores de la democracia y de la libertad. En ese momento los que sufrieron la guerra me recuerdan las «hazañas» de Paracuellos del Jarama y la existencia de «checas» en las que se torturaba a los contrarios. [...]

O cuando los muchachos de las Brigadas Internacionales, que combatieron contra el fascismo y por la libertad de forma altruista, regresan a España para recibir numerosos homenajes y muestras de cariño por parte del pueblo español (altas autoridades incluidas), en agradecimiento por los servicios prestados. En ese momento mi abuela me recuerda cómo los brigadistas llegaron a mi pueblo antes de la batalla del Jarama, ocuparon, destrozaron y requisaron todos los enseres de su casa; quemaron las imágenes de la iglesia y dieron el "paseo" a alguna que otra persona sospechosa de ser contraria a la República.

En algunas familias, la guerra es un tema conscientemente rehuido. «El porqué de esta situación es el siguiente —cuenta María Esther—: por parte materna, mi abuela estuvo en el bando republicano, mientras que su marido (aún no estaban casados ni se conocían) pertenecía a los nacionales (su propio hermano ayudó en la fundación de la Falange); por lo tanto este tema fue casi tabú.» Y lo mismo recoge Patricia: «en mi familia siempre se ha evitado hablar del tema, y se ha evitado hablar porque los familiares de mi padre eran en su mayoría nacionales y los de mi madre republicanos». A veces se trata simplemente del deseo de olvidar una época poco grata: «en casa nunca se habló de ese tema, estaba vedado en absoluto. Me enteré de lo que había pasado por sor Consuelo —monja de las Josefinas donde estudiaba—, que me contó barbaridades inconexas y me confundió aún más. Un día mi hermana y yo encontramos fotografías del abuelo con otras personas —después me enteré de que eran republicanos—, pero no nos atrevimos a preguntar... La verdad es que me enteré de lo que había pasado y comprendí la postura de mis padres...». Y no se crea que se trata de una actitud que se da tan sólo entre los vencidos, pues es también frecuente entre los vencedores: «es un asunto del que prácticamente no se habla, en lo que respecta a la vida familiar. Salvo que se pregunte específicamente por algo concreto relativo a la guerra, no se trata nunca. Mi experiencia personal con los miembros de mi familia que vivieron el conflicto varía en función de con quién se hable. María Antonia evade la cuestión de forma tajante con frases del tipo "no me gusta hablar de este asunto"; de hecho, yo me he enterado por otras fuentes familiares que su padre y uno de sus hermanos fueron asesinados por los republicanos en Madrid».

Vivencias amargas, y rechazo explícito de la guerra, pueden ir sin embargo unidas a la idea de que se trató de un conflicto necesario:

«mis recuerdos son tristísimos porque perdí a casi toda mi familia, a mi marido, a mi madre..., pero comprendo que la guerra fue necesaria en ese momento para salvar a España, aunque una guerra siempre es monstruosa».

Algunos consideran que es un hecho cuya evocación es poco adecuada para el consenso: «nunca ha habido momentos en los que se me haya hablado de la guerra civil española. Si alguna vez ha salido el tema, se ha cortado tajantemente por parte de mi padre diciendo que cuanto menos se hable de las vicisitudes pasadas por la familia, mejor para la convivencia entre los españoles». Este deseo de olvidar lleva en ocasiones a sustentar opiniones claramente hostiles a la historia: «en mi familia la guerra del 36 no es una referencia constante, ni tampoco ocupa un papel relevante en nuestras conversaciones. Es más, la proliferación de series de televisión, fascículos y otro tipo de publicaciones a este respecto nos incomoda, pues pensamos que no es un acontecimiento del que el país se deba sentir tan orgulloso como para recordarlo con frecuencia». «Era un episodio del que no merecía la pena hablar y abrir heridas ya cicatrizadas. Ésa era la opinión general de mi familia, que no comprendía por qué tras la llegada de la democracia surgió ese afán por recordar los tiempos de la guerra y hurgar en un pasado del que no deberíamos sentirnos orgullosos, porque una guerra civil es siempre una guerra entre hermanos que no tiene vencedores, todos perdemos».

A pesar de la tragedia, no faltan quienes tratan de buscar el lado amable de las cosas, y así —cuenta Marta—: «en mi familia se ha hablado de la guerra, pero siempre desde el punto de vista humano, o más bien, divertido. Quizás porque yo aún era muy pequeña para comprender lo que una guerra puede significar, o porque nunca se ha hablado de desgracias ni cosas negativas en mi familia, lo cierto es que *siempre* mi abuela, mi tía, mi madre, siempre me han contado anécdotas graciosas. Solamente una vez mi abuela habló en serio sobre esa época, cuando me contó cómo murieron mi tía María Carmen y mi abuelo; lo demás, incluso los bombardeos, etc., siempre han entrado en el grupo de las "historias divertidas de la abuela"». Lo mismo ocurre en casa de Cristina: «si alguna vez se ha tocado el tema ha sido a modo de anécdota y siempre a la hora de la comida. Es mi abuela materna quien se encarga de contarnos algunas historias, pero siempre graciosas y desenfadas. No recuerdo haber oído ninguna historia dolorosa acerca de la guerra». Y hay incluso quienes parecen haberlo pasado bien durante el conflicto, sin duda por la inconsciencia propia de su edad: «el papel de la guerra en mi familia es en cierto modo algo lúdico, incluso alegre, dada la corta edad de mis padres. Ambos se divirtieron durante la guerra y no recuerdan

especialmente el hambre, sino el cambio a una vida más libre y llena de anécdotas».

La vertiente heroica aparece asimismo en la versión que se da en algunas familias: «desde que tenía unos siete años recuerdo las historias que me contaba mi abuelo paterno, incluso ahora me parece estar oyendo los himnos de la legión cuando me dormía en sus brazos...; para mí era un orgullo que hubiera estado luchando, y que fuese legionario, ¡su espíritu patriótico me encantaba! Así, la imagen que tengo es una idealizada, donde pocas veces haya tenido espacio el horror [...] También he oído otras cosas de mi abuela materna, aunque ella siempre tiene que contener el llanto... ¡Entonces sí pienso que la guerra también pudo ser horrible!».

En muy contadas ocasiones «la guerra familiar» ha mantenido toda su vigencia: «de mi abuela materna, no conozco otro pasado que no sea la guerra que vivió. Es, en la mayoría de sus conversaciones, su único tema y aprovecha cualquier momento para contar alguna anécdota o vivencia. Aunque no venga al caso, busca un momento de silencio, ¡Y ATACA! Se quedó muy marcada con todo lo que le pasó y vio, y siempre nos dice que si no vivimos una guerra, no hemos vivido realmente». Pero si esto no es nada frecuente en los nacidos a partir de 1970, no ocurrió así con los que vinieron al mundo durante la más inmediata posguerra: «Yo sufrí mucho la guerra a mi manera (no había nacido), porque para mi madre, toda la vida el tema único y central de conversación ha sido la guerra civil, una verdadera tortura». Fernando, nacido en 1944, considera que en casa de sus padres se hablaba de la guerra porque era la época de su juventud, «como cuando yo ahora hablo de los "guateques"». Aunque también hay excepciones, pues en el domicilio de José Luis Aguilar (1936) «se contaban más cosas de la guerra de Cuba de mi abuelo que de la guerra civil».

Mas no pensemos que quienes vivieron la contienda la ven siempre como perteneciente por entero al pasado: «en el pueblo aún hay gente que casi ni se habla por los enfrentamientos que tuvieron entonces. Como la guerra la pasamos todos aquí, como la vivimos todos tan cerca, todavía se recuerda de qué bando estaba cada uno; la guerra pasó hace mucho, pero los que ahora somos mayores la recordamos perfectamente». La guerra «enemistó a todo el mundo con todo el mundo. Pero lo peor del caso es que hoy todavía continúa esa enemistad y ese resquemor». Secuelas del conflicto se hallan aún presentes en algunos de los entrevistados: «fueron angustiosos los bombardeos que se sucedían constantemente en la ciudad y que me dejaron una gran huella, pues hasta hace poco me sobresaltaba con el sonido de cualquier sirena o alarma normal, pensando en las de aquel entonces». «El tema lo tengo presente a todas horas y en cualquier momen-

to, desde que enciendo la televisión y hay un reportaje sobre la guerra en algún país, hasta el día en que se conmemora la muerte de Franco». «Espero que ustedes los más jóvenes no tengan que sufrir nunca más una guerra, que no sabes cómo hay veces que se me vienen los recuerdos a la mente y me echo a llorar», confiesa Ángel. E incluso hay quien afirma: «si tuviese que vivir otra vez una guerra preferiría morir».

Tal vez la mejor prueba que podamos presentar de la vigencia que la guerra civil sigue teniendo en muchos de quienes la padecieron es la reacción ante las preguntas de varios de los entrevistados. Debe recordarse que quienes lo desearan podían responder a la encuesta sin dar su nombre. Pues bien, de los 943 encuestados, 78 se han acogido a esta posibilidad, lo que ya es un primer factor a tener en cuenta. Tampoco faltaron quienes se negaron directamente a responder a las preguntas, o quienes no fueron consultados por tratarse de un tema que les excitaba y podía ser perjudicial para su salud.

«El indagar los recuerdos de los abuelos ha sido tarea ardua —recoge Pilar—. Mala memoria, confusión de fechas y lugares, emoción demasiado intensa que empañaba el relato...» «En mi casa la reacción general ante el tema fue fuerte y tuve algunos conflictos —expone Marta—. Hay cosas de las que no se quería hablar. Jamás pensé que hubiera habido tanto dolor y tanto sufrimiento.» «Las preguntas que he hecho se han contestado con claras evasivas, de modo que por respeto siempre he preferido no remover en los sentimientos de mis abuelos», afirma otro de los alumnos. «Me ha llamado la atención el hecho de que mi abuela lo pasó muy mal durante la entrevista; de hecho me estuvo dando largas para intentar evitarla. Los ojos se le llenaron de lágrimas en varias ocasiones y se ve que es algo que le trastornó bastante (me comentó que aún sueña con la guerra y que el sueño es siempre el mismo; abren una puerta, ella está dormida, la sacan de la cama los "rojos" y la fusilan.)» Pero no creamos que tal reacción se da tan sólo con mujeres: «la encuesta se interrumpe en la pregunta siete, cuando está narrando un bombardeo. Está emocionado. No puede seguir hablando. Me dice "Ya está" y se marcha. Fin de la entrevista».

Pero aún más sorprendente que comprobar la fuerza que siguen teniendo las emociones de una época aparentemente tan distante es constatar que sigue existiendo miedo a hablar del tema, sea cual sea el bando al que se haya pertenecido. «Quiero señalar que a pesar de haber pasado 50 años desde que finalizó la guerra y llevar viviendo 15 en un estado de plena democracia, algunas de las personas con las que he hablado acerca de este tema de la Guerra Civil muestran temor al contar algunas cosas de las que pasaron entonces y se les saltan las lágrimas».

mas cuando se ponen a contar otras.» Y no creamos que este testimonio de Ana María es un caso aislado. «A modo de curiosidad —cuenta Rosario—, quiero comentar que cuando comencé a preguntarle sobre el tema, me sorprendió bastante el hecho de que bajara la voz para contestarme, como si aún sintiera miedo de ser escuchada.» Los problemas de Ana Teresa son también bastante ilustrativos: «en principio, la entrevista quería hacérsela a mi abuelo, pero tras leer el cuestionario se negó a contestar al mismo. Esto mismo me ocurrió con otro señor (general en el bando nacional), pero me dijo que él no tenía que dar ya ningún tipo de explicaciones y que no se me ocurriera dar su nombre. Mi abuelo dijo que no quería hablar, por miedo de algún tipo de problema con partidarios republicanos».

Algo parecido, pero en menor escala, le ocurrió a Onintza: «a la hora de realizar este trabajo me he encontrado con una serie de dificultades en un principio físicas (mi abuela vive en el País Vasco) y posteriormente la resistencia que he encontrado para que me hablara de la guerra civil. Me ha extrañado observar cómo un tema que para mí es totalmente lejano y que no me afecta personalmente en absoluto, para otras personas como mi abuela el fantasma de la guerra civil sigue presente. Cuando le hablé del trabajo no le gustó la idea, por lo que tuve que convencerla. Cuando estaba dispuesta a colaborar me preguntó sobre la ideología de la persona que me pedía el trabajo, los motivos por los que lo mandaba, etc. Me pidió que no diera ni su nombre ni sus apellidos por temor a meterse en líos. Además, al principio sus respuestas eran extremadamente cortas y muy generales, mostrándose muy reservada en facilitarme nombres».